

trina de Joviniano no dejo de hallar en Roma cierto número de secretarios, y se vió que muchas personas renunciaban á las prácticas de la mortificación y la continencia para llevar una vida muelle y voluptuosa. Consultaron algunos fieles á San Gerónimo suplicándole que les respondiese. El santo doctor refutó aquellos errores en dos libros: emplease el primero principalmente en demostrar la excelencia del celibato. Pero á muchas personas chocaron ciertos pasajes en que realizaba de tal modo la virginidad, que les parecia que condenaba el matrimonio y le miraba mas bien como un estado tolerado que permitido. Advirtióselo su amigo Pammaquio, yerno de santa Paula, y al punto le remitió la apologia de aquel libro, en la que explica todos los pasajes que habian dado ocasion á falsas interpretaciones, demostrando al propio tiempo que habia reconocido expresamente la santidad del matrimonio, y condenado á los marcionistas y maniqueos que le desechaban. Nota asimismo, como ya lo habia hecho en los libros que escribió contra Joviniano, que los obispos, sacerdotes y diáconos estaban obligados á guardar continencia; pero que en Roma no dejaban de conculgar todos los dias los fieles casados, y recibian el cuerpo de Jesucristo en sus casas cuando no se creian en estado de entrar en la Iglesia.

Vivia entonces San Gerónimo en su monasterio de Bethlehem, donde trabajaba en servir á la Iglesia con sus numerosos escritos. A poco tiempo compuso su tratado de los hombres ilustres, donde da á conocer las vidas y obras de los escritores eclesiásticos desde San Pedro hasta él. Se hallaba en comunicacion con una multitud de eminentes personajes que de todas partes acudian á consultar sus luces. Trató estrecha amistad con San Agustín por medio de Alipio, que por entonces hizo un viaje á Palestina. Habia contraido tambien íntima union con San Epifanio, y tomó parte en sus cuestiones con Juan, de Jerusalem, sobre el origenismo. San Epifanio habia fundado un monasterio en su lugar natal en la diócesis de Eleuterópolis (Palestina) y como estando haciendo la visita hubiese ido á verle Pauliniano, hermano de San Gerónimo, San Epifanio aprovechó esta ocasion para ordenarle de presbítero no obstante su resistencia. Juan, de Jerusalem, se resistió de esta ordenacion: y aunque se habia conferido fuera de su diócesis y á sugeto que no dependia de su jurisdiccion, sin embargo amenazó quejarse á todos los obispos.

Para justificarse San Epifanio le escribió exhortándole al mismo tiempo á que condenase los errores atribuidos á Orígenes; pues suponía con bastante verosimilitud que Juan, de Jerusalem, no movia todo aquel ruido mas que para usar de recriminaciones y vengarse, porque el santo y sus monges le acusaban de que sostenia algunos de los errores de aquel. Corrieron algunas copias de esta carta en la Palestina, donde contaba San Epifanio gran número de admiradores. Entonces Juan, de Jerusalem, escribió una apologia que dirigió á Teófilo, de Alejandria, y á los principales obispos. Quejábase amargamente de los monges de Bethlehem: y San Gerónimo respondió en una larga carta dirigida á Pammaquio, en la que contando el origen y consecuencias de esta disputa, trató de hacer resaltar la sinrazon del obispo de Jerusalem. Tambien la censura con grande vehemencia en la carta que escribió para su propia justificacion al patriarca de Alejandria que le habia exhortado á la paz. En ella se observa que los monges de Bethlehem hacian pública ostension de su prevencion contra el obispo Juan, de Jerusalem: y que éste por su parte habia llevado el resentimiento al extremo de solicitar una orden para deterrarlos á ellos, y en particular á San Gerónimo. Habia principiado esta cuestion en el año 391, y continuó por muchos mas (1). Luego veremos cómo el origenismo fué motivo de desavenencias entre San Gerónimo y Rufino, de Aquileya.

En Antioquia subsistia aún el cisma, ó para hablar mas exactamente, continuaban los fieles formando dos rebaños separados, que reconociendo cada uno su propio pastor, estaban sin embargo unidos uno y otro al cuerpo de la Iglesia, de la que ninguna excomunion los separaba. Habiendo muerto el obispo Paulino por los años de 389, los fieles de su partido no quisieron reconocer á Flaviano, y escogieron para obispo al presbítero Evagrius, procedente de una ilustre familia de Antioquia y amigo de San Gerónimo. El Papa Siricio, de acuerdo con San Ambrosio, trató de poner término á esta division por medios pacíficos. Convocó un concilio en Capua, donde se decidió que Teófilo, de Alejandria, y los obispos de Egipto se encargasen de examinar el fondo de la cuestion ó las reciprocas pretensiones de Evagrius y de Flaviano, y que entre tanto á ningún partido se negase la comunión. Esquivaba Flaviano someterse á la sentencia de Teófilo, que escribió sobre ello á San Ambrosio. El santo doctor en su respuesta condenó severamente esta obstinada resistencia; pero aconsejando al patriarca de Alejandria que citase de nuevo á Flaviano, le exhortó sin embargo á que no tomara ninguna medida que pudiese aumentar la division; y mas que nada le recomendó reclamar con respecto á este asunto las instrucciones del Papa Siricio, cuya aprobacion era necesaria para dar á su sentencia autoridad definitiva, añadiendo que en el no se detendria en adoptar la resolusion tomada, en cuanto supiese que la habia consentido la Iglesia Romana (2).

(1) Hieron. *Epist. LXI y LXII*, etc. (2) Ambr. *Epist. LXI*.—Teod. lib. V.

(1) Hieron. *Epist. LXI y LXII*, etc. (2) Ambr. *Epist. LXI*.—Teod. lib. V.



Por su parte el Papa escribió á Teodosio quejándose de la conducta de Flaviano, y el emperador mandó á éste se presentase en Roma para ser juzgado. Pero la muerte de Evagrius, que ocurrió poco tiempo despues, produjo, ó al menos preparó, la terminación de estas disputas: y se procedió de manera que no tuvo sucesor, y Flaviano quedó único obispo de Antioquia. Sin embargo, algunos fieles se negaron á reconocerle, y continuaron celebrando sus reuniones aparte.

El patriarca de Alejandría se dedicaba por aquel tiempo á destruir en Egipto la idolatría, que estaba profundamente arraigada. Acababa de obtener del emperador que se convirtiese en iglesia cristiana un antiguo templo de Baco. Cavando en los subterráneos y secretos reductos de este edificio, se hallaron figuras infames y grotescas, que el patriarca mandó exponer al público y pasear por las calles para desacreditar las supersticiones del paganismo. Enfurecidos los ídólatras tomaron las armas, acometieron á los fieles, mataron á muchos, y despues se encerraron en el templo de Serapis, desde donde hacian salidas imprevistas para rotar las casas y apresar cristianos, á quienes quitaban la vida en medio de horribrosos suplicios cuando no podian forzarlos á sacrificar. Este templo, uno de los mas magníficos del paganismo, estaba construído sobre un vasto terrado embovedado, y para llegar á la plataforma habia que subir mas de cien escalones. Lo interior de la bóveda contenia muchos cuartos subterráneos, y sobre el terrado se levantaban edificios que ocupaban todos sus extremos y formaban un patio rodeado de galerías, en medio del cual se hallaba el templo. Todo era de mármol y estaba enriquecido de los mas preciosos adornos. En este recinto es donde lograron atrincherarse los ídólatras como en una especie de fortaleza.

Habiendo intentado en vano el prefecto de Egipto atraer á los sediciosos, creyó que debia consultar al emperador antes de acometerlos á fuerza abierta. Teodosio mandó destruir el templo; pero economizando la sangre de los culpados. Miraba como otros tantos mártires á los cristianos sacrificados en esta ocasión; y en efecto, la Iglesia los honra como tales. Por esta razon no quiso que se castigase á los autores de su muerte, esperando, por otra parte, atraerlos al cristianismo con su clemencia. A la primera noticia de esta respuesta los sediciosos abandonaron el asilo que habian fortificado, y se procedió sin oposicion á la destruccion del templo.

El ídolo que en el se adoraba, era una estatua tan colosal, que con sus manos extendidas tocaba á las paredes del templo. Su figura era la de un hombre venerable con la barba y el cabello largos; pero tenia encima otra figura de tres cabezas: la de león en medio, á la derecha de perro, y una de lobo á la izquierda; y al rededor de ellas se plegaba un dragon enorme que tenia reclinada su cabeza en la mano del ídolo. En la pared del templo habia un agu-

tero practicado de modo que los rayos del sol viniesen á reflejar en el rostro del ídolo en los dias y horas que se acostumbraba traer al templo el ídolo de este astro, y admirado el pueblo exclamaba que el sol venia á saludar á Serapis con su ósculo. La maldad de los sacerdotes paganos empleaba otros muchos artificios de esta clase para mantener la supersticion. Era opinion comun entre los paganos que si la mano del hombre tocaba al ídolo del gran Serapis, se confundirian en un instante el cielo y la tierra, y todo el mundo se reduciria al caos. Esta preocupacion se habia comunicado tambien á cierto número de cristianos de poco talento, y aun tenia á la multitud suspensa, cuando un soldado excitado por Teófilo cogió una hacha y rompió la estatua, y salieron de ella infinidad de ratones, causando grandes risas y algazara en los espectadores, que olvidaron en el instante su miedo supersticioso. El templo fué totalmente demolido hasta la masa embovedada que le servia de base, y entre las ruinas hallaron muchas piedras que tenian grabada la señal de la cruz. Parece que entre los egipcios era la cruz el simbolo de la vida futura; y que segun una tradicion suya debia concluir la religion de Serapis cuando aquel signo apareciese. Este descubrimiento ocasionó una porcion de conversiones, especialmente de los sacerdotes paganos. En toda Alejandría desaparecieron todas las estatuas de Serapis que adornaban las casas, y pusieron la cruz en su lugar. La medida que servia para comprobar la elevacion de las aguas del Nilo, se guardaba en el templo de Serapis, donde el emperador Juliano la habia mandado colocar otra vez. Lleváronla á una iglesia, y una abundante crecida de las aguas que ocurrió á poco, desmintió las predicciones de los paganos, que aseguraban que el Nilo no saldría ya de madre. En el sitio que ocupaba el templo se edificaron dos iglesias, una dedicada á San Juan, Bautista, y en ella se pusieron las reliquias del santo precursor que habian llevado á San Anastasio como unos treinta años antes.

Los demas templos paganos de Alejandría tuvieron la misma suerte que el de Serapis, y su destruccion reveló la crueldad de los misterios de Mitra y los artificios de los sacerdotes para seducir al pueblo. En los lugares mas ocultos se encontraron cabezas de niños con los labios dorados, como se hacia con las victimas, y pinturas que representaban los tormentos usados para las operaciones mágicas que se practicaban en aquellos abominables santuarios. Igualmente se descubrieron ídolos huecos de una talla gigantesca, en los que se introducian los sacerdotes por secretos conductos para hacer hablar al dios á su antojo. Así logró un sacerdote de Saturno, llamado Tirano, abusar de muchas mugeres, mandándolas ir á pasar la noche con el dios en su templo. Luego que entraban en él, se cerraban las puertas á vista de todo el pueblo; pero despues el sacerdote volvía á entrar por un subterráneo y hacia hablar al ídolo: en seguida se apagaban las luces, y gracias al su-



persticioso temor que causaba esta escena, ni aun tenia que vencer el sacerdote la resistencia del pudor. Sin embargo, habiendo conocido una muger la voz de aquel, denunció el engaño á su marido, que le acusó en forma. Puesto en el tormento, el delincuente todo lo confesó; y este escándalo contribuyó mucho para conseguir la destrucción de la idolatría (1).

El resto del Egipto siguió el ejemplo de la capital: el celo de los obispos consiguió derripar en todas partes los templos é ídolos, no solamente en las ciudades, sino en las aldeas y campos. En Canope, una de las ciudades mas importantes del país, y donde mas arraigada estaba la idolatría, se convirtieron los templos en iglesias y monasterios, y en ellos se colocaron las reliquias é imágenes de los mártires. Eunapio, sofista pagano, que con este motivo exhala quejas amargas, añade que se prosternaban ante estas reliquias é imágenes: que se invocaba á los mártires como mediadores con Dios, y que creian las gentes santificarse visitando sus sepulcros; lo que es muy digno de repararse como un testimonio nada sospechoso de la tradicion sobre el culto de los santos (2).

Aplicábanse tambien los obispos á arruinar los templos de la Siria y de la Palestina. Pero algunas veces se estrellaban sus esfuerzos en la resistencia de los paganos que se sublevaron para defender sus ídolos en Rafi, en Gaza y otros puntos. Los monges se distinguian en especial en estos combates contra la idolatría; y así fueron para los paganos objeto de un odio fanático, cuya prueba se ve en los escritos de Libanio, Eunapio y otros sofistas, que los colman de injurias, designándolos por desprecio con el nombre de hombres vestidos de negro. Temiendo probablemente Teodosio que los monges ocasionasen sediciones por un celo indiscreto, publicó una ley en el año 390 intimándoles que moraran en los desiertos, y prohibiéndoles la mansion en las poblaciones; pero revocó esta ley por otra de 17 de Abril del año 392.

El mismo príncipe en persona empleaba su autoridad para desterrar las supersticiones del paganismo. Durante su residencia en Italia, publicó dos leyes para prohibir el sacrificio de víctimas, la entrada en los templos paganos, y el tributar cualquiera clase de culto á los ídolos. La primera ley se dió en Milán á 27 de Febrero de 391, y fué dirigida al prefecto de Roma; la segunda datada á 17 de Junio siguiente, se envió al prefecto de Egipto. Eran determinadamente comprendidos en esta prohibición los jueces y otros magistrados, so pena de ser multados en quince libras de oro. En 20 de Diciembre del mismo año prohibió con pena de confinamiento todos los sacrificios, tanto de dia como de noche, ya fuesen en los templos, ya en otra parte. Por último, en 8 de Noviembre del año 392, otra

(1) Ruf. lib. II.—Theod. V.—Sozom. VII.  
(2) Eunap. Vita. Edeas.

ley mas severa prohibió absolutamente la inmolacion de las víctimas, pena de muerte, y todos los demas actos de idolatría con la de confiscacion de los lugares en que se hubiesen cometido.

Irritáronse profundamente los paganos de Occidente con estas medidas. En el senado de Roma habia muchos cristianos, entre los cuales eran los mas notables é ilustres los Anicianos, Probos, Paulinos y Graccos. Pero otros muchos permanecian obstinadamente apegados á las supersticiones de la idolatría, y se indignaban de que se quisiera proscribir los dioses de Roma, y los ritos de una religion á que estaban ligadas todas las instituciones de la patria. Habiendo salido de Italia Teodosio el año 391, los senadores paganos restitieron sus gestiones para con Valentiniano, á fin de conseguir la repulcion de los bienes arrebatados á los templos y el restablecimiento del altar de la Victoria. Contaban para la consecucion de sus pretensiones con la influencia del conde Arbogasto y de otros muchos miembros del consistorio que eran afectos á su partido; pero Valentiniano, fiel á las instrucciones de Teodosio y al ejemplo de Graciano, no quiso acceder á los deseos de la diputacion pagana. No sobrevivió mucho á esta negativa. El conde Arbogasto, de nacion franco y gran capitán, se arrogaba una absoluta autoridad y aprovechaba su ascendiente sobre las tropas para dictar órdenes á aquel príncipe jóven. Gobernaba casi á su antojo y daba todos los destinos á personas de su faccion y de su país. Valentiniano, á quien era insuportable aquel yugo, no cesaba de escribir á Teodosio rogándole que volviese por segunda vez á prestarle su apoyo; pero pereció antes que se pudiese por el peligro para dar á entender que se habia suicidado. El desgraciado príncipe residia entonces en Viena, en las Gallias, y acababa de enviar un oficial á San Ambrosio con una carta en que le instaba para que fuese con toda diligencia á conferirle el bautismo que deseaba recibir de su mano. El mismo supo el santo la triste noticia de su muerte. Conducido despues á Milán el cuerpo del difunto emperador, mandó el santo obispo colocarle en un sepulcro de pórfido junto á su hermano Graciano, y pronunció su oracion fúnebre en presencia de sus dos hermanas que permanecian vírgenes. Valentiniano fué asesinado el 15 de Mayo del año 392 á los 21 de edad. La dulzura y equidad de su gobierno, unidas al ejemplo de sus virtudes privadas, le habian conciliado el afecto de los pueblos, y todo el mundo le echó menos, excepto los paganos (1).

No atreviéndose Arbogasto, por su origen bárbaro, á usurpar la púrpura imperial, revistió de ella á un antiguo profesor de bellas letras, llamado Eugenio, que habia llegado á ser secretario del emperador, y que no teniendo mas mérito que una mediana elocuen-

(1) Ruf. lib. XI.—Ambros. De obit. Valent.



cia, no podía menos de mantenerse siempre en la dependencia de su protector. Envió el nuevo emperador una embajada á Teodosio, pidiéndole la paz, y que le reconociese como colega suyo. Dato Teodosio algún tiempo á los embajadores, y despues les envió con regalos, pero sin darles respuesta positiva, y en quanto se marcharon, se preparó formalmente para la guerra. Consultó sobre el éxito de esta empresa al famoso solitario San Juan, de Egipto, que le anunció la victoria, añadiendo, sin embargo, que costaría mucha sangre, y que despues de matar al usurpador, moriría también Teodosio en Italia, dejando el imperio de Occidente á su hijo Honorio. Esta respuesta determinó á Teodosio á continuar sus preparativos, y añadió á las diligencias de la prudencia humana, el ayuno, la oracion y la práctica de toda clase de buenas obras. En lugar de imponer nuevos tributos, suprimió los que había establecido anteriormente el prefecto del pretorio: hizo que se devolviesen los bienes confiscados, y publicó severos decretos para librar á los pueblos de las vejaciones de los soldados, y últimamente, dió aquella ley tan sabia, que prohibía á los jueces castigar á los que hubiesen hablado mal de él ó de su gobierno. Eugenio no se desdichaba en allegar tropas fortificaba sus fronteras, y se dejaba ofuscar con las predicciones de los arúspices y agoreros. Era cristiano, pero como debía su elevación á los goces paganos, se veia precisado á sufrir su influencia y ejecutar sus órdenes. Despues del haber denegado dos veces el restablecimiento del altar de la Victoria y la restitución de los bienes confiscados á los templos paganos, tuvo que acceder al cabo á las imperiosas exigencias del conde Arbogasto y de Flaviano, prefecto del pretorio. Fueron restablecidas las supersticiones de los paganos: se sacrificaba públicamente en honor de los ídolos: se consultaban las entrañas de las víctimas, y se buscaban presagios por medio de todas las prácticas del arte divinatório. El prefecto Flaviano, que pasaba por hábil en la ciencia augural, lisonjeaba las esperanzas de Eugenio con magníficas promesas. Habiéndose apoderado los rebeldes del paso de los Alpes Julianos, erigieron en ellos ídolos de Júpiter, y se pintó la imagen de Hércules en el primer pendon del ejército.

Escribió San Ambrosio á Eugenio, haciéndole enérgicas representaciones respecto de aquellas demostraciones gentílicas; y sabiendo despues que el usurpador pasaba á Milán, se salió de la ciudad y fué á Bolonia para asistir á la traslación de las reliquias de San Vital y San Agrícola mártires: luego pasó á Florencia, donde colocó parte de ellas en el altar de una iglesia, cuya dedicación celebró. En esta última ciudad resucitó al hijo de su huésped echándose sobre su cadáver, á imitación del profeta Eliseo. Durante la ausencia del obispo, quiso Eugenio asistir en Milán á la celebración de los santos misterios, y presentar su ofrenda; pero el clero ni si-

quiera le toleró tomar parte en las proces. Irritáronse tanto Eugenio y Arbogasto, que amenazaron que á su regreso convertirían en cuadra la basílica, y alistarían en el ejército á todos los clérigos (1).

Teodosio salió de Constantinopla en la primavera del año 394: marchó sobre Italia, y forzó el paso de los Alpes, donde Flaviano perdió la vida. Hallándose entonces al frente del ejército de Eugenio, que ocupaba la llanura, hizo que le acometiesen los bárbaros auxiliares; pero despues de un obstinado combate fueron rechazados, con pérdida de diez mil hombres. Como los principales oficiales del ejército aconsejasen á Teodosio que evitara una acción decisiva, respondió: "No permita Dios que hagamos nosotros sufrir al estandarte de la cruz, la afrenta de retroceder á vista de la imagen de Hércules." Se retiró despues á un oratorio para pasar la noche en oracion, y habiéndose dormido al amanecer, vió en sueños á los dos apóstoles San Juan y San Felipe, que le exhortaron á la pelea prometiéndole la victoria. Un soldado tuvo la misma aparición, y esta circunstancia afirmó el valor de los demás. Por la mañana echó de ver Teodosio que Eugenio había enviado á su retaguardia un cuerpo de tropas para cortarle la retirada, y se volvió á poner en oracion. Pero el comandante de aquella tropa fué á entregarse. Entonces Teodosio dió la orden de acometer, echó pié á tierra, y marchó al enemigo diciendo á voces á sus soldados: "¿Dónde está el Dios de Teodosio?" Ya había durado el combate muchas horas y parecía incierta la victoria, cuando desde la cumbre de los Alpes se levantó de repente un viento impetuoso, que dando en el rostro á los soldados de Eugenio, los cegaba con torbellinos de polvo y rechazaba sus dardos: al mismo tiempo daba nueva fuerza á los que arrojaban las tropas de Teodosio. Este maravilloso accidente decidió del éxito de la batalla, y el poeta Claudiano, aunque pagano, confiesa que el cielo combatió en favor de Teodosio. Desanimados los enemigos, tomaron la fuga ó se rindieron. Eugenio fué llevado á presencia del emperador, que mandó decapitarle: escapose á los montes el conde Arbogasto, y á los dos días, viéndose á punto de ser cogido, se atravesó con su espada (2).

San Ambrosio escribió al instante á Teodosio, y luego fué á buscarle á Aquileya para implorar su clemencia en favor de los vencidos. Todos obtuvieron el perdon: los hijos de los conjurados fueron hasta elegidos para los empleos públicos; y como muchos de ellos se habían refugiado en las iglesias, se aprovechó esta circunstancia para instruirlos en la religion cristiana. La guerra era justa, y ninguna venganza empañó esta victoria. Pero no por eso dejó Teodosio, animado de sus sentimientos de temor y respeto, de abstenerse por algun tiempo de participar de los santos misterios.

(1) Ambr. *Epist.* LVIII.—Paulin. *Vit. Ambros.*

(2) Teod. lib. V.—Sozom. VII.—Claud. *De Cons. Honor.*



Los senadores romanos le enviaron una diputacion para felicitarle. Aprovechó esta ocasion para exhortarlos á que renunciasen la idolatría, y viendo que muchos persistian en sus preocupaciones estúpidas, les declaró terminantemente que iba á recobrar los bienes que Eugenio habia restituido á los templos, y que juzgaba mas útil emplearlos en la manutencion de sus tropas, que en sostener un culto supersticioso. Asi cesaron los sacrificios, se cerraron de nuevo los templos, y los Pontífices idolátras fueron despojados de sus rentas y sus privilegios.

Como sabia Teodosio, por la prediccion de San Juan, de Egipto, que estaba próxima su muerte, se apresuró á arreglar los negocios del imperio. Mandó llamar á su hijo Honorio, y le declaró emperador de Occidente, recomendándole á la piadosa solicitud de San Ambrosio, y dándole por tutor y ministro al conde Stilicon. Habia quedado Arcadio en Constantinopla bajo la direccion de Rufino, prefecto del pretorio, que por aquel tiempo recibió el bautismo, con motivo de la dedicacion de una magnífica iglesia que habia dispuesto se construyese en las inmediaciones de Calcédonia, en un pueblo llamado Chene. Fueron convidados gran número de obispos para esta ceremonia, y se reunieron en concilio en Constantinopla para juzgar la causa de Bagadio, metropolitano de Bostra, en Arabia, que se quejaba de que le habian depuesto dos obispos solos y aun en su ausencia. Decidió el concilio que ni dos ni tres obispos eran suficientes para depocer á otro, y que era necesario, en cuanto fuese posible, la concurrencia de todos los de la provincia. Presidió este concilio el patriarca Nectario, aunque Teófilo, de Alejandria y Flaviano, de Antioquia, estaban presentes.

Entre los demas obispos que concurren, son notables San Anfíloco, de Iconio, y San Gregorio Niseno, de quienes no se volvió á hablar despues: probablemente murieron de allí á poco. San Anfíloco, descendiente de una familia noble de Capadocia, siguió primeramente la carrera del foro con distincion, y despues se retiró á una soledad para entregarse á los ejercicios de la vida ascética. Ascendido á la silla de Iconio hácia los años de 374, se hizo célebre por sus virtudes y milagros. Dejó muchos escritos muy estimados de los antiguos; pero solo se han conservado algunos fragmentos.

San Gregorio Niseno, que nació como dos años despues que San Basilio, vivió algun tiempo en el mundo, y aun se cree que estuvo casado. Admitido despues en el clero en clase de lector, no dejó de aplicarse á los estudios profanos, y de enseñar retórica; pero en virtud de las enérgicas representaciones de San Gregorio Nazianzeno, abandonó esta ocupacion y se retiró al monasterio de San Basilio. Fue electo obispo de Nisa al principio del año 372. Nos quedan muchas obras suyas: las principales son: el libro sobre los seis dias de la creacion; comentarios, tratados y homilias sobre varios pasages de las Santas Escrituras; la explicacion de la oracion

dominical: un excelente tratado con el título de Catequesis, en que expone el método y las razones que deben emplearse contra los paganos, judíos y hereges; para convencerlos de la verdad de la religion: los doce libros contra Eunomio, en que se encuentra una refutacion sólida y luminosa de todas las impiedades y sofismas de este herege; algunos escritos contra los maniqueos y contra Apolinario: tratados sobre la fé, la virginidad, el alma y la resurreccion: muchos discursos acerca de los misterios de la religion, para las festividades de la Natividad de Jesucristo, de Pascua, de la Ascension y de Pentecostes: otros sobre diferentes puntos de moral: panegiricos de San Basilio, de San Efrein, de San Melecio, de San Gregorio Taumaturgo, y de otros muchos santos: en fin, algunas cartas, entre las cuales se debe citar una epistola canónica, en que las reglas de la penitencia son mas rigurosas aún que las de San Basilio. Decido en general, que se debe conceder la comunión á los que se hallan en peligro de muerte, durante el tiempo de la penitencia; pero que deben completar este tiempo si recobran la salud; lo que suministra una nueva prueba de que era distinta la absolucion sacramental de la reconciliacion solemne con que concluía la penitencia pública. Aunque las obras de San Gregorio Niseno no ofrezcan aquella perfeccion de estilo que se admira en las de San Basilio, se encuentran, con todo, grandes bellezas, y sus libros contra Eunomio pueden colocarse entre los mejores tratados de controversia que han quedado de la antigüedad. Desgraciadamente los escritos de este santo Padre han sido alterados por los hereges, que han ingerido en varios pasages ciertos errores del organismo, aun cuando él los condena expresamente en muchas de sus obras.

Despues que Teodosio pasó en Italia el resto del año en que ocurrió la derrota de Eugenio, para asegurar los resultados de su victoria, se disponia ya á volver al Oriente, cuando le acometió una hidropesía causada por las fatigas de la guerra. Entonces tomó las últimas medidas para arreglar sus asuntos. A sus hijos recomendó que siempre se mostrasen fieles á los deberes de la religion; confirmó el perdon á los que habian tomado las armas contra él, y cuyos indultos no se habian despachado todavía. Dió tambien las órdenes y preparó una ley para asegurar la disminucion de impuestos que habia prometido. Ultimamente, falleció en Milán con las mayores demostraciones de piedad, en 17 de Enero del año 395. San Ambrosio pronunció su oracion fúnebre en las honras que se celebraron á los cuarenta dias, y nos advierte que era costumbre celebrar los oficios en sufragio de los difuntos el dia sétimo y el cuadragésimo despues de la muerte, y otras veces en el tercero y el trigésimo. Los pormenores que dejamos referidos de la vida de Teodosio, nos dispensan de hacer su elogio. El poeta Claudiano, Simmaco, Temistio y Aurelio Vitor, á pesar de su adhesion al paganismo, están acordes con los cristianos para ensalzar las virtudes y brillan-



tes cualidades de este príncipe; que á un mismo tiempo fué la gloria del imperio y de la religion. Temistio no duda colocarle sobre los mayores hombres de la antigüedad. Sózimo es el único que se atreve á manchar su memoria; pero se echan de ver en la inverosimilitud de las imputaciones que la hace, los indicios evidentes del ódio ciego y fanático contra el destructor de los ídolos.

Desde la muerte de Teodosio hasta que los godos se apoderaron de Roma, el imperio estuvo dividido en dos partes, una en Occidente, y otra en Oriente, desde el año de 395 á 410. Los hijos de Teodosio, Arcadio y Honorio, que no tenia mas que diez años de edad, y Honorio, que no tenia mas que diez años de edad, quedaron bajo la tutela del conde Stilicon, con quien habia casado el emperador á una sobrina suya. El imperio se dividió entre los dos príncipes: Arcadio reinó en Oriente, y el Occidente tocó á Honorio. Los nuevos emperadores, ó por mejor decir, los dos personages que gobernaban en su nombre, se dedicaron á seguir el ejemplo de Teodosio, é imitaron su celo religioso. Las leyes en favor de la Iglesia y contra la idolatría, fueron confirmadas por otras publicadas sucesivamente en el mismo sentido. Desde el primer año de su reinado, Arcadio promulgó muchas en Oriente, que en los siguientes fueron ratificadas, prohibiendo las asambleas de los hereges. Renová tambien la proscripción de los sacrificios y de las otras ceremonias paganas, y cuatro años mas adelante, por ley de 13 de Julio del 399, mandó derribar los templos en despoblado, recomendando solamente que se usase de prudencia para no excitar conmociones, porque en algunas provincias existian aún bastantes idolátras en las aldeas. Produjeron estas medidas los mas felices efectos: muchos paganos abandonaron sus errores, y multitud de hereges volvieron al gremio de la Iglesia católica, sobre todo de los sectarios de Arrio, á quienes sus perpetuas divisiones hacian al cabo abrir los ojos.

En el Occidente parecia que las circunstancias requerian más miramientos. Al morir Teodosio, recomendó á Stilicon que publicase una amnistía general en favor de los partidarios de Eugenio, cuyo ejército, á pesar de su derrota, podia causar todavía serias inquietudes. Apresuróse Stilicon á cumplir los deseos del difunto emperador, y con este objeto se publicaron tres leyes el año 395 con algunos meses de intermedio. Pero despues de esta medida de prudencia, se dedicó á restablecer en su vigor la legislación existente en favor de la religion. En el mismo año publicó una ley para mantener y hacer respetar los privilegios concedidos á las iglesias; otra en el de 397 para el mismo fin; últimamente, otra al año siguiente mandando á los magistrados de las ciudades, y á los oficiales del ejército, que denunciasen á los gobernadores de las provincias todos los atentados contra los lugares sagrados ó contra personas eclesiásticas, con órden á los gobernadores para castigar con la última pena á los culpados, sin esperar las quejas de los obispos.



LIBRO XI.

DESDE LA MUERTE DE TEODOSIO HASTA QUE LOS GODOSE APODERARON DE ROMA. DEL AÑO DE 395 A 410.

Los hijos de Teodosio: Arcadio, de cerca de diez y ocho años de edad, y Honorio, que no tenia mas que diez: el primero quedaba bajo la direccion de Rufino, prefecto del pretorio, y el otro bajo la tutela del conde Stilicon, con quien habia casado el emperador á una sobrina suya. El imperio se dividió entre los dos príncipes: Arcadio reinó en Oriente, y el Occidente tocó á Honorio. Los nuevos emperadores, ó por mejor decir, los dos personages que gobernaban en su nombre, se dedicaron á seguir el ejemplo de Teodosio, é imitaron su celo religioso. Las leyes en favor de la Iglesia y contra la idolatría, fueron confirmadas por otras publicadas sucesivamente en el mismo sentido. Desde el primer año de su reinado, Arcadio promulgó muchas en Oriente, que en los siguientes fueron ratificadas, prohibiendo las asambleas de los hereges. Renová tambien la proscripción de los sacrificios y de las otras ceremonias paganas, y cuatro años mas adelante, por ley de 13 de Julio del 399, mandó derribar los templos en despoblado, recomendando solamente que se usase de prudencia para no excitar conmociones, porque en algunas provincias existian aún bastantes idolátras en las aldeas. Produjeron estas medidas los mas felices efectos: muchos paganos abandonaron sus errores, y multitud de hereges volvieron al gremio de la Iglesia católica, sobre todo de los sectarios de Arrio, á quienes sus perpetuas divisiones hacian al cabo abrir los ojos.

En el Occidente parecia que las circunstancias requerian más miramientos. Al morir Teodosio, recomendó á Stilicon que publicase una amnistía general en favor de los partidarios de Eugenio, cuyo ejército, á pesar de su derrota, podia causar todavía serias inquietudes. Apresuróse Stilicon á cumplir los deseos del difunto emperador, y con este objeto se publicaron tres leyes el año 395 con algunos meses de intermedio. Pero despues de esta medida de prudencia, se dedicó á restablecer en su vigor la legislación existente en favor de la religion. En el mismo año publicó una ley para mantener y hacer respetar los privilegios concedidos á las iglesias; otra en el de 397 para el mismo fin; últimamente, otra al año siguiente mandando á los magistrados de las ciudades, y á los oficiales del ejército, que denunciasen á los gobernadores de las provincias todos los atentados contra los lugares sagrados ó contra personas eclesiásticas, con órden á los gobernadores para castigar con la última pena á los culpados, sin esperar las quejas de los obispos.